

Un vegetal zombi

Yanneth Ortiz Triana

Algunos de los acontecimientos que aquí se narran son reales.

Todos los personajes son imaginarios.

Jorge Ibargüengoitia

En mi casa vive un vegetal zombi. Al menos eso es lo que dice mi abuela, mamá Genara: «Eres un pinche vegetal inútil, nomás tirado en la cama todo el día», escucho que le grita a medio día o después de la novela de las dos, porque el vegetal, imagino un brócoli o una alcachofa, aún no ha bajado a desayunar y sus ronquidos se escuchan hasta la tiendita de don Tere, que siempre me pregunta por el vegetal, que si ya trabaja, que si va a seguir durmiendo hasta que mamá Genara se muera de un coraje y yo le respondo que no lo sé, porque no lo sé. Otros días, cuando el vegetal por fin sale del cuarto, ese que siempre huele a humedad y al que seguramente le está creciendo hongo por las paredes porque nunca abre las cortinas, baja las escaleras tambaleando como si ya hubiera olvidado cómo caminar y yo mentalmente digo: «izquierda y luego derecha, uno y luego el otro», esperando que la abuela no lo vaya a ver tambaleándose, pero mi mensaje nunca llega a tiempo. «Pareces un pinche zombi, ve nomás, ni caminar puedes, carajo», y se regresa a la cocina a seguir preparando la cena. Por eso digo que en mi casa vive un vegetal zombi, porque a veces parece vegetal y otras zombi.

El vegetal duerme demasiado, más que mi perra la Coja. Mamá Genara le puso así porque cuando se paró enfrente de la puerta de mosquitero, el día que llegó a nuestro hogar, con el hocico abierto esperando a que una le aventara aunque fuera una tortilla fría, ya estaba coja: al caminar se ve normal, pero cuando corre levanta la patita trasera. Eso ya tiene muchos días, ahora la Coja ya está viejita y duerme mucho, nomás se levanta de vez en cuando a perseguir el sol y vuelve a hacerse ovillo en el corral; a veces, cuando anda de buenas, se pone a corretear a las gallinas y yo corro atrás de ella para vigilar bien de cerca que no las vaya a agarrar por el pescuezo y la abue la vaya a echar de la casa, como echó al vegetal una vez, cuando en la noche lo cachó robándose las gallinas. «Nomás eso era lo que me faltaba, que te robes mis tres gallinas pa comprar porquería». Y no lo vimos por muchos días hasta que se paró en la puerta de enfrente como la Coja y le pidió disculpas y le prometió que jamás de los jamases lo volvería a hacer. La abuela le creyó y el vegetal regresó a dormir a su cuartito con hongo, allá en el segundo piso. Y cuando en las mañanas salgo al corral a echarles maíz quebrado a veces nos falta una gallina, yo le grito desde el corral a la abue y ella me lo regresa:

«Seguramente fue un méndigo coyote». Aunque yo nunca he visto coyotes por aquí, pero yo le creo a la abue.

Salgo de la primaria a la una de la tarde, pero como no me puedo ir hasta que venga un familiar mío a buscarme siempre salgo a las tres, cuando los profes se aburren de esperar y me dejan ir sola, todos los días me preguntan que si no puede venir alguien a buscarme, yo siempre les digo que no, insisten en por qué no y me quedo callada un momento, pensando en que la abue no puede porque a esa hora prepara la papa y las tortillas para que en la noche vendamos tacos de papel y que el vegetal zombi duerme, respondo que no lo sé. Veo a los papás de todos mis compañeros a la hora de salida y me pregunto si ellos algún día se convertirán también en un vegetal zombi. «Ojalá que sí», pienso, porque así todos tendríamos que esperar a que los profes se aburrieran hasta dejarnos salir y yo podría irme acompañada a mi casa y no sola como todos los días. A veces me da miedo regresar porque tres cuabras antes de mi casa está siempre un señor sentado en la banqueta, yo lo saludo con un «buenas tardes», como me enseñó mamá Genara que debía hacer siempre que me topara con personas más grandes que yo y él me responde: «Buenas tardes, mamacita», y me sigue hasta que cruzo la puerta de mosquitero. Me parece extraño porque yo nunca he sido mamá, a la única que conozco es mamá Genara. Y me da miedo porque cuando sonrío veo la negrura de su garganta escapando por los orificios en donde deberían ir tres dientes. Por eso a veces pienso en ir a otro lado, como a la casa de mi amiga Azucena, por ejemplo, pero su papá sí viene a recogerla y se va antes que yo y yo no sé en dónde vive.

Yo no sabía que el vegetal tenía amigos, hasta una noche en que la Coja me despertó porque se agarró a ladrar como loca y yo me asomé por la ventana de mi cuarto para ver a qué le ladraba; vi que el vegetal salía de su cuartito, por la ventana, pegadito a la pared caminando por el alero que divide el primer piso del segundo, con cuidado de no caerse y se agachaba para agarrar en el aire una bolsita que no sé qué tenía, pero era blanca, eso sí, como

las patitas de la Coja, que es toda café pero con sus patitas blancas como botitas, y él se regresaba a su cuarto de puntillas como para no hacer ruido. Siempre que la Coja me despierta yo asomo la cabeza para ver al amigo del vegetal lanzarle siempre la misma bolsita y a él regresar de puntillas. Me parece chistoso y por eso siempre me asomo a ver. A veces pienso que así se ve Santa Clos caminando de puntillas cuando todos duermen para poder entregar los regalos en secreto.

A veces el vegetal zombi desaparece por un tiempo. Mamá Genara lo lleva a un hospital muy lejos de casa y ahí lo dejamos. Yo pregunto si él está enfermo, aunque nunca lo escucho estornudar, y mamá Genara me dice que algo así, que se va a estar un tiempo para «limpiarse». Yo le propongo que lo bañemos en casa como a veces hacemos con la Coja, amarrada a un árbol de membrillo para que no salga corriendo al sentir el agua fría, pero ella ya no me contesta y regresamos a casa. Siempre que está en el hospital la abue y yo lo vamos a visitar, a la tercera o cuarta visita él le promete que ya se va a portar bien, que ya está mejor, que ya hasta se le antojan las enchiladas verdes que prepara la abue. Y yo lo veo igual de sucio, pienso que así no lo podemos sacar porque no se ha limpiado bien, pero la abue lo saca de todas formas. Regresamos los tres a casa en autobús y me gusta cuando nos topamos con Azucena para que vea que mi papá también me acompaña cuando viajo en autobús, hasta imagino que los domingos vamos a comprar pizza con doña Rosa y nos la comemos entre los tres en el parque, pero nunca pasa porque para el domingo él está dormido otra vez, con unos ronquidos que se escuchan hasta la tiendita de don Tere.